Andrés Codesal Martín

¿CON QUE FIN HA CREADO DIOS AL HOMBRE?

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

ISBN: 84-7770-432-5
Depósito legal: Gr. 1700-98
Impreso en Azahara SL
Impreso en España
Printed in Spain

PROLOGO

¿Con qué fin ha creado Dios al hombre?. Dios no creó a los ángeles ni a los hombres por que le hiciéramos falta para aumentar o completar su felicidad; pues así como desde toda la eternidad había sido feliz sin haber creado ni a los ángeles ni a los hombres, de igual manera podía continuar siempre siendo igual de feliz sin necesidad de habernos creado. Pero Dios es bueno, infinitamente bueno, dice San Agustín, y por eso pensó en crearnos con el único propósito de compartir con nosotros su inmensa felicidad.

Pero quizá alguno me pregunte: "Si Dios no tenía otro propósito ni otro fin sobre nosotros que hacernos felices, ¿porqué no nos creó directamente en el cielo sin la necesidad de tener que pasar por este mundo donde tanto hay que sufrir?"

Eso es precisamente lo que yo he querido demostrar en este libro: que Dios nos quiere hacer felices, pero en la medida de nuestros merecimientos. Lo que nos ofrece es de un valor infinito, pues se trata de una felicidad sin límites, porque no es por mil años ni por mil millones de siglos, sino que durará para siempre, y como se trata de una cosa de tantísimo valor, quiere que en esta vida le demostremos nuestro agradecimiento, obedeciéndole en todo lo que nos mande.

Dios nos ha prometido la felicidad eterna como premio de nuestro buen comportamiento en este mundo. Y es por eso que la felicidad del cielo no será igual para todos, sino en la medida de nuestros merecimientos revalorados con los merecimientos infinitos de Jesucristo, lo que le darán un valor tan grandeza nuestras buenas obras muy superior a todo o que podamos imaginar. Por eso decía Santa Teresa: "Después que el Señor me ha dado a entender la diferencia que hay en el cielo de lo que gozan unos a lo que gozan otros, cuan grande es… si me dijesen qué quiero mejor, estar aquí con todos los trabajos del mundo hasta el fin de él, para subir un poquito más en gloria, o irme sin ningún trabajo a un poco de gloria más baja, que de muy

buena gana tomaría todos los trabajos, por un poquito de gozar más y de entender las grandezas de Dios" (Vida c.37). Así se expresaban los santos que por la gracia de Dios consiguieron probar ya en este mundo un poquito de la gloria.

Este libro está todo él fundamentado en la Biblia, que es la Palabra de Dios. Por eso, todo cuanto en él se dice, lo dice la Biblia, como hemos querido demostrar poniendo en letra cursiva todo lo que son palabras de la Biblia, y se han puesto las citas de los lugares donde se toman, para que el que quiera lo pueda leer en la misma Biblia.

¿Existe Dios?

¿Se puede saber que hay Dios por la sola luz de la razón?

La razón humana puede demostrar con toda certeza la existencia de Dios creador y Señor de todo cuanto existe. Consta expresamente por:

La Sagrada Escritura. He aquí algunos textos del todo claros y expresivos:

*"Vanos son por naturaleza todos los hombres que carecen del conocimiento de Dios..., pues de la grandeza y hermosura de las criaturas, **por razonamientos**, se llega a conocer al Hacedor de éstas" (Sab. 13, 1-5).*

"... no son excusables, porque si pueden alcanzar tanta ciencia y son capaces de investigar el universo, ¿cómo no conocen más fácilmente a Señor de él?" (Sab. 13,9).

"Porque desde la creación del mundo, lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad, son conocidos mediante las criaturas. De manera que son inexcusables" (Rm. 1,20).

El Magisterio de la Iglesia lo enseñó siem-

pre así y lo definió expresamente el concilio Vaticano I en la siguiente forma:

"Si alguno dijere que el Dios uno y verdadero, Creador y Señor nuestro, no puede ser conocido ***con certeza*** **por la luz natural de la razón humana por medio de las cosas que han sido hechas, sea anatema" (D. 1806).**

Como es sabido, la demostración filosófica o racional de la existencia de Dios se apoya casi exclusivamente en el llamado *"principio de causalidad*, cuya formulación es la siguiente: "Todo efecto tiene necesariamente una causa".

El principio de causalidad constituye la base fundamental de las pruebas metafísicas de la existencia de Dios. En el fondo todas pueden reducirse a un argumento muy sencillo, que, para mayor claridad, vamos a descomponerlo en tres pequeñas proposiciones:

1ª *Todo cuanto ha comenzado a existir ha debido tener una causa que le haya dado la existencia.*

Esto es del todo claro y evidente, porque es absolutamente imposible que alguien que no existe todavía pueda darse así mismo la existencia. La nada no puede producir absolutamente

nada, ya que la nada no existe, es una ficción de nuestra mente.

2ª *Esa causa que ha dado la existencia a un efecto que antes no existía, o es la Causa Primera incoada -en cuyo caso hemos llegado a Dios- o ha sido causada, a su vez, por otra causa anterior a ella.*

Es evidente también. Si no se trata todavía de la Primera Causa incausada (=Dios= será necesariamente alguna causa intermedia causada por la otra causa anterior. Y así los hijos son causados por sus padres, éstos por sus abuelos y éstos por los bisabuelos, etc.

3ª *Ahora bien: en esta serie de causas segundas o intermedias no puede procederse hasta el infinito. Es absolutamente necesario llegar a una Primera Causa incausada que sea el origen y la razón de ser de todas las demás causas.*

Es evidente que en la serie de causas segundas o intermedias no pueden procederse hasta el infinito. Porque se seguiría el absurdo de que existiría una serie infinita de causas *segundas* o *intermedias* sin que las haya producido ninguna *causa primera* o inicial, contra el concepto

mismo de causa segunda o intermedia. Suprimida la Causa Primera, desaparecen necesariamente todas las causas segundas. Ninguna de ellas tienen en sí misma la razón de su existencia, y, por lo mismo, han tenido que recibirla *inicialmente* de una Primera Causa que tenga en sí misma la razón de su propia existencia, o sea, de una Primera Causa incausada, que es precisamente lo que entenderemos por Dios. Esta sencilla demostración deja enteramente zanjada la cuestión de la existencia de Dios para todo espíritu sereno y reflexivo" (P. Royo Marín, "Dios y su Obra").

Como hemos dicho anteriormente, a Dios se le puede conocer a través de sus obras por la sola luz de la razón. Pero es verdad que para ello hay que estar muy interesados, pidiendo a Dios luz y siendo consecuentes con las verdades que vamos conociendo.

El mismo Jesucristo nos dijo lo siguiente: *"Tanto amó Dios al mundo, que le dió a su Hijo Unigénito, para que todo aquel que crea en El no se pierda, sino que tenga la vida eterna; pues Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por El. El que cree en El, no se condena;*

el que no cree ya está condenado, porque no ha creído en el nombre del Unigénito Hijo de Dios.

Y esta es la condenación: que la luz ha venido al mundo,y los hombres han amado más las tinieblas que la luz porque sus obras eran malas. Porque todo el que hace el mal, odia la luz, y no se acerca a la luz para que sus obras no sean reprobadas. Pero el que obra la verdad, viene a la luz, para que se vean sus obras, porque han sido hechas según Dios" (Jn. 3, 16-21).

Este es el motivo por el cual muchos no creen, o dicen no creer en Dios: *"porque sus obras son malas"*, y, como no quieren que se vean, *"odian la luz y huyen de ella"*, para que su conducta no sea reprobada. Lo dijo Jesucristo bien claro: los que no creen no es por falta de luz, sino porque huyen de ella.

Dice el P. Royo: "Existen de hecho muchísimos ateos prácticos, no sólo entre los paganos, sino incluso entre los cristianos. Es un hecho tristísimo que no necesita demostración. Basta abrir los ojos para ver en cualquier parte del mundo muchedumbres inmensas de hombres que viven prácticamente como si Dios no

existiera. Preocupados únicamente por las cosas de la tierra, absorbidos por sus negocios temporales o entregados desenfrenadamente a los vicios y placeres, viven como si Dios no existiese, completamente de espaldas a las exigencias de la Ley santísima...".

"No existen ni pueden existir ateos teórico-convencidos que ignoren la existencia de Dios como autor del órden natural, al menos por largo tiempo.

"La razón es porque la existencia de Dios como autor del órden *natural* se impone de una manera tan clara para todos los hombres, que hace falta estar completamente ciego para no verla brillar en la hermosura y órden admirable de la naturaleza, en la inmensidad de una noche estrellada, etc.; aparte de que en cualquier parte del mundo y en cualquier religión pueden los hombres contemplar multitud de cosas que les hablan forzosamente de Dios...".

Conclusión: "Es imposible que existan verdaderos ateos teórico-positivos, o sea, hombres que estén firmemente convencidos por argumentos positivos, de que Dios no existe".

"La razón es porque es imposible que el error encuentre argumentos valederos contra la verdad. La existencia de Dios como autor del

órden natural está demostradísima, con argumentos irrebatibles, por la simple razón natural; y, por si faltara algo, tenemos el testimonio infalible del mismo Dios, que se ha dignado revelarnos su propia existencia, incluso como autor del órden sobrenatural.

"Es un hecho que existen infinidad de sistemas filosóficos y ateos, o sea, que prescinden de Dios en su especulación y o excluyen positivamente en su deseo; pero de ahí no se sigue que sus patrocinadores sean efectivamente ateos por *combicción.* Una cosa es la doctrina que se proclama teóricamente -aunque sea con mucha fuerza y entusiasmo- y otra muy distinta la convinción íntima que de ella pueda tener..." (P.A. Royo Marín: "Dios y su Obra").

El conocimiento natural de Dios.

1. "El razonamiento puede demostrar con certeza la existencia de Dios la espiritualidad del alma y la libertad del hombre" (Pío IX, 1650).

2. La razón natural puede conocer *con certeza* la existencia de Dios e incluso *demostrarla* prescindiendo de la divina revelación y sin el auxilio de la gracia:

"Si alguno dijere que Dios vivo y verdadero. Creador y Señor nuestro, no puede ser conocido *con certeza* por la luz natural de la razón humana por medio de las cosas que han sido hechas, sea anatema" (Vaticano I, 1806).

"Profeso que Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser perfectamente conocido y, por tanto, también *demostrado,* como la causa por sus efectos, por la luz natural de la razón, *mediante las cosas que han sido hechas* (Rm. 1,20), es decir, por las obras visibles de la creación" (S. Pío X,2145).

"La razón humana, sin el auxilio de la revelación y de la gracia divina, puede demostrar la existencia de un Dios personal por argumentos deducidos de las cosas creadas" (Pío XII. 2317).

3. Por lo mismo, hay que rechazar en absoluto, como heréticos, el ateísmo, el agnosticismo y negación de la teología natural (cf. Vaticano I. 1801, 1806: S. Pío X, 2072).

Es de fe que Dios puede ser conocido mediante la *razón* por todos los hombres. Lo cual implica que los que no tienen uso de razón, como los niños pequeños y los locos, etc. están

excluídos de esta posibilidad. Todo el mundo sabe que hay dos clases de personas que no pueden pecar: "los niños que no han llegado al uso de la razón, y aquellas otras personas que han tenido la desgracia de perderla".

Pero además de los niños y los declaradamente locos, ¿habrá otras personas que, por su incultura, por el ambiente de sus vidas, por los vicios en que viven sumergidos y por otras tristes circunstancias en las que viven envueltos, no tengan la suficiente luz natural para comprender estas cosas y poder proceder como personas normalmente cuerdas. Este es un misterio que solamente lo conoce Dios, que ve y sabe cómo piensa cada uno y juzga a las personas según sus propias conciencias, y no según lo que nosotros vemos desde fuera. De hecho, muchos es posible que se salven por tontos, por falta del conocimiento necesario de la verdad, y esto puede suceder incluso con personas que a simple vista nos parezcan inteligentes.

¿Por qué Dios no se da más a conocer?

Porque a quien más se le da, más se le exigirá (Lc. 12,48). y posiblemente Dios prevé que no aprovechemos esas mayores luces, y, por

nuestra culpa, nos tendría que castigar mucho más severamente.

Cuando la Santísima Virgen de Fátima les mostró el infierno a los pastorcitos, Jacinta horrorizada decía: ¿Por qué la Santísima Virgen no les mostrará el infierno a todos para que crean y no vayan a él?.

Pero Dios sabe lo que hace y tal vez no quiere hacer milagros para no tener que castigarnos más severamente, como cuando decía en el Evangelio: *"¡Ay de tí Corozaín! ¡Ay de tí, Betsaida! Porque si en Tiro y Sidón se hubieran hecho los milagros que se hicieron en vosotras, mucho ha que hubieran hecho penitencia vestidos de saco y ceniza. Por eso os digo que a Tiro y a Sidón se les tratará con menor rigor que a vosotras en el día del juicio. Y tu Cafarnaúm, ¿crees que te levantarás hasta el cielo? ¡En el abismo te hundirás! Porque si en Sodoma se hubieren hecho los milagros que en tí se hicieron, seguirían en pié hasta el día de hoy. Por esto te digo que a la tierra de Sodoma se tratará mejor que a tí en el día del juicio" (Mt. 11, 21-24).*

"Si Yo no hubiera venido y no les hubiera hablado, no tendrían pecado; mas ahora no tienen disculpa de su pecado" (Jn. 15,22).

"Jesús dijo: Vine a este mundo para un juicio: para que los que no ven, vean, y los que ven queden ciegos. Oyeron esto algunos de los fariseos que estaban junto a El, y le dijeron: ¿También nosotros somos ciegos? Jesús les dijo: Si fuerais ciegos no tendríais pecado; mas como decís: "Vemos", vuestro pecado permanece" (Jn. 9,38-41).

"El siervo que sabe cuál es la voluntad de su señor, y no se comporta y obra como él quería, recibirá muchos azotes; y mas el que no la conoció, si hizo alguna cosa que merecía azotes, recibirá menos. Porque a quien mucho se le haya dado, mucho se le exigirá, y a quien mucho se le ha confiado, mucho más se le ha de pedir" (Lc. 12, 47-48).

El problema del mal

El mayor argumento que los ateos propalan para demostrar que no existe Dios, es el problema del mal.

Ellos dicen: ¿Cómo es posible que exista un Dios infinitamente bueno e infinitamente poderoso y pueda permitir que existan tantos males en el mundo?-

Si Dios es infinitamente bueno, no puede

querer nada que pueda perjudicar al hombre, y si es todo poderoso, ¿por qué permite que existan los terremotos que arrasan ciudades enteras, tempestades o sequías que arruinan las cosechas y llevan el hambre a paises enteros, y otras tantas cosas que podría fácilmente evitar, como guerras y tantas y tantas enfermedades que nos llevan a la muerte y nos hacen sufrir tanto a los hombres?

Predicar que existe un Dios que es infinitamente sabio y poderoso, que puede hacer todo lo que quiere, y decir al mismo tiempo que ese Dios ama a los hombres con un amor infinito, habiendo tantos males en el mundo, es un absurdo que no se puede creer.

El problema del mal es un misterio difícil de entender, pero no es una prueba que demuestre que Dios no puede existir.

Si Dios hubiera creado al hombre solamente para la vida de este mundo, sería injusto que estuviéramos rodeados de tantos males de los cuales no pudiéramos sacar provecho alguno. Pero si después de esta vida vamos a ir a otro mundo donde tendremos una vida eterna, y en ella recibiremos como premio infinitos bienes por lo que hayamos sufrido en esta, ya tienen sentido los sufrimientos.

El apóstol San Pablo nos dice: *"Los padecimientos de la vida presente no tienen comparación con aquella gloria venida que para siempre se manifestará en nosotros"* (Rm. 8,18).

Los cristianos sabemos por la fe que después de la muerte, pasamos a una vida que no tiene fin, donde todo es felicidad, pero que esa felicidad no será igual para todos, sino en proporción a lo que aquí hayamos sufrido por amor de Dios. Por eso los santos amaban tanto los sufrimientos, y no se contentaban con los que Dios les mandaba, sino que ellos mismos se los buscaban con ayunos y penitencias, sintiéndose tanto más dichosos cuanto más tuvieran que sufrir en este mundo, como nos enseñó Jesucristo en el sermón de las bienaventuranzas (Mt. 5,1-11).

¿COMO ES DIOS?

Dios es eterno

Que Dios es eterno lo sabemos por dos caminos: por la fe y por la razón.

Lo sabemos por la fe porque esta es una de las verdades reveladas por Dios en las Sagradas Escrituras, y porque así ha sido declarado por el magisterio infalible de la Iglesia, como veremos después.

a) *Lo dice la razón.* Sabemos por la ciencia, pues así lo afirman todos los científicos, lo mismo los creyentes como los ateos, que todo lo que existe y que hoy conocemos en el mundo y en todo el universo, nada de ello es eterno, y así la tierra con todo lo que contiene, como lo que está fuera de este mundo esparcido por todo el universo, como son las estrellas, los planetas con sus satélites, etc. nada de ello es eterno, y todo lo que se conoce tuvo un principio, pues no hay cosa alguna que pueda haber existido siempre, sino que todo lo existente tuvo un principio más o menos lejano en el que fué creado y fue el momento en que empezó a existir.

b) Si hablamos de los animales y los vegetales, de los que existe tanta variación en este mundo, veremos que todos ellos tienen una vida relativamente corta, y se suceden las especies sin variación unas a otras por medio de sus semillas. Los vegetales crean semillas que esparce el viento, y al caer en tierra muchas de ellas fructifican, y de esas semillas nacen nuevas plantas o árboles de la misma especie, y así, a través de los tiempos se conservan las especies, que muchas de ellas quizá no viven más que unos meses, y algunos árboles cientos de años.

c) Los animales se multiplican igual. El macho, por un instinto carnal pone la semilla en una hembra de su especie y de ella nace un nuevo animal que sucede al anterior, y así las especies perduran a través de los siglos hasta hoy. Muchas especies ya se han extinguido, y otras muchas todavía perduran hoy, y sabemos que podrán seguir en el mundo aun muchos miles de años.

Este sistema lo conocemos todos: sabemos que los hijos nacemos de los padres, y que luego ellos mismos serán también padres y traerán al mundo nuevos hijos. Pero esto no ha sido siempre así, porque el mundo no ha sido eterno. El mundo tuvo un principio, y por tanto, hubo un primer padre que no tuvo padre, un primer animal que no nació de otro animal, y un primer árbol de cada especie que no nació de una semilla.

La creación del mundo

El relato de la creación del mundo está en el libro del Génesis, capítulos 1 y 2, lo cual para los incrédulos no pasa de ser una fábula; pero si no quieren creer lo que nos dice la Sagrada Biblia, que nos expliquen qué pasó en aquel principio cuando aun no había nada, para que

empezara a existir el mundo y todo el gigantesco universo con todo lo que hoy contiene, que es la admiración de los sabios. Y dentro de ese gigantesco universo, está la diminuta tierra con tantos miles y miles de animales diferentes, que asombran a los sabios, y tantísimas especies de vegetales diferentes, que son la admiración de los estudiosos.

Si hemos de ser sinceros, tenemos que confesar que no solamente la fe cristiana nos dice que el mundo fue creado por Dios, sino que también la razón tiene que convenir que nada de lo que hay hoy en el mundo y en todo el universo podría existir si no existiera antes un Ser todopoderoso que es el *Creador* de todo cuanto existe y al que los creyentes llamamos Dios.

Quizá alguno se pregunte: "Si todo lo ha creado Dios, ¿a Dios quién lo creó?. Esta es una pregunta infantil, pues al Creador de todo no pudo haberlo creado nadie, y por lógica, al no poder haber sido creado por nadie, necesariamente es eterno. Por eso decimos que no solamente la fe, sino también la razón nos demuestra la eternidad de Dios.

Dios es eterno, porque si alguna vez o en algún tiempo Dios no hubiera existido, no hubiera podido existir jamás, ya que nadie tiene

poder para crear un Dios. Solamente Dios puede crear un Dios. Por eso Dios es el primero, el único, el eterno y el todopoderoso.

Lo sabemos por la fe

Símbolo Atanasiano: "Eterno es el Padre, eterno el Hijo, eterno el Espíritu Santo. Y, sin embargo, no son tres eternos, sino un solo eterno" (D. 39).

Concilio de Reims: "Creemos y confesamos que el solo Dios Padre y el Hijo y el Espíritu es eterno, y que no hay en Dios cosa alguna, llámense relaciones, o propiedades, o singularidades, o unidades, u otras cosas semejantes, que, siendo eternas, no sean Dios" (D.391).

Concilio IV de Letrán: "Firmemente creemos y simplemente confesamos que uno solo es el verdadero Dios, eterno, inmenso.." (D.428). Lo mismo declaran el Concilio II de Lyón (D 703) y el Vaticano I (D 1782).

La Sagrada Escritura. Lo afirma expresamente en innumerables textos:

"Antes que los montes fuesen y fuesen paridos la tierra y el orbe, eres tú desde la eternidad hasta la eternidad" (Sal. 89,2).

"Los mudarás como se muda un vestido.

Pero tú siempre eres el mismo, y tus días no tienen fin" (Sal. 101, 27-28).

"El es uno y el mismo desde la eternidad" (Eccl. 42,21).

"Esto es lo que dice el Señor Dios de Israel...: Yo soy el primero y el último, y fuera de mí no hay otro Dios" (Is. 44,6).

"Tu, oh Dios, eres antes que fuesen hechos los montes o se formara la tierra y el mundo universo: eres ab eterno y por toda la eternidad" (Sal. 89,2).

"Tú eres siempre el mismo: y tus años no tendrán fin" (Sal. 110,28).

"¿Por ventura ignoras tú, o no has oído que Dios es el Señor eterno que crió la extensión de la tierra, sin cansancio ni fatiga, y que es incomprensible su sabiduría? (Is. 40,28).

"Desde entonces quedó oh Señor, preparado tu solio; y tú eres desde la eternidad" (Sal. 92,2).

"Dios existe desde antes de todos los siglos, y hasta el siglo, nada se le puede añadir" (Eclo. 42,21).

Dios es omnipotente

Que Dios es omnipotente, lo sabemos tam-

bién por dos caminos: porque nos lo dice la fe, y porque nos lo asegura la razón.

a) *Lo dice claramente la razón.* San Pablo nos dice: *"Desde la creación del mundo, lo invisible de Dios,* como es *su eterno poder y su divinidad, son conocidos por sus obras, de manera que* los que no crean *son inexcusables...* (Rm. 1,20).

El poder de Dios se manifiesta, sobre todo, mirando el universo. En el firmamento hay millones y millones de estrellas muchísimo mayores que la Tierra.

La Tierra es una bola de 40.000 km. de perímetro (meridiano). El Sol es un millón trescientas mil veces mayor que la Tierra. En la estrella Antares, de la constelación del Escorpión caben 115 millones de soles.

Alfa de Hércules, que está a 1200 años de luz, y es la mayor de todas las estrellas conocidas, es 8.000 billones de veces mayor que el Sol.

Para plastificar un poco estos volúmenes descomunales aclararé que el radio de Antares es el diámetro de la órbita de la Tierra, es decir, de 300 millones de kilómetros; y que el diámetro de la órbita de Plutón, que es de 12.000

millones de kilómetros, es la décima parte del redio de Alfa de Hércules.

La mayor radio-estrella conocida es DA-240 que tiene el fabuloso diámetro de seis millones de años luz. El diámetro de esta radio-estrella es sesenta veces mayor que el diámetro de nuestra galaxia, la Vía Láctea.

Estas bolas gigantescas corren por el espacio a enormes velocidades. La Tierra va a 100.000 km. por hora, es decir, a 30 km. por segundo. El Sol va a 300 kilómetros por segundo hacia la Constelación de Hércules. La Constelación de Virgo se aleja de nosotros a 1000 kilómetros por segundo.

El movimiento de las estrellas es tan exacto que entrecruzándose unas con otras no hay peligro de que nunca choquen.

Los astrónomos que estudian sus movimientos, pueden calcular con toda exactitud, cuando va a haber un eclipse y anunciar la hora exacta que podrá ser visto desde ciertas partes del mundo. Cuando va a aparecer un cometa, y el día y hora que podrá ser visto más cercano a nosotros.

Todo esto no sería posible conocerlo si el órden del movimiento de los astros no fuera matemático y perfecto. Por eso, James Jeans,

uno de los más grandes astrónomos contemporáneos, en su libro *Los Misterios del Universo,* afirma que el Creador del Universo tuvo que ser un gran matemático.

Todo este órden maravilloso requiere una gran inteligencia que lo dirija. ¿Qué pasaría en una plaza de mucho tránsito -como la Cibeles de Madrid- si los conductores quedarán repentinamente paralizados y los vehículos, sin inteligencia, abandonados a su propio impulso? En un momento tendríamos una horrenda catástrofe.

Cuanto más complicado y perfecto sea el órden, mayor debe ser la inteligencia ordenadora. Construir un reloj supone más inteligencia que construir una carretilla.

Pues la inteligencia que ordena las estrellas en el firmamento, y dirige con tanta perfección la máquina del Universo, es la inteligencia de Dios.

Dios es el Creador. No es igual hacer una cosa que crearla. Los hombres hacemos cosas con la utilización de otras ya existentes. Por ejemplo los carpinteros hacen muebles utilizando la madera y otros materiales, y los albañiles hacen casas baratas o grandes y complicados palacios, utilizando piedras, ladrillos, cemento, hierro, y otros muchos materiales. Pero Dios,

cuando creó el mundo y el Universo entero, no utilizó ningún material existente, sino que todo lo sacó de la nada.

El hacer cosas materiales sin utilizar la materia, para los hombres es imposible, e incomprensible. Solamente Dios es capaz de hacer cosas sacándolas de la nada, porque su poder no tiene límites y para El todas las cosas son posibles.

El hombre más inteligente, tal vez podría hacer una estatua tan perfecta que pareciera una persona de verdad; pero tendría que utilizar los materiales más adecuados, las herramientas más perfectas, y muchas horas de trabajo. ¡Y sin embargo, la estatua estaría muerta, porque le faltaría toda la maquinaria interior: no tendría corazón, ni pulmones, ni sangre recorriendo por las venas, ni ninguna otra cosa de lo que tienen un verdadero hombre y necesita para vivir...! ¡Qué limitado es el poder del hombre más sabio y poderoso, frente al omnipotente poder de Dios!

Por no extenderme demasiado en esta materia, invito al lector a profundizar en estas cosas leyendo el incomparable libro titulado: *"A Dios por la ciencia"* de nuestra Editorial.

Lo sabemos por la fe

Desde el más antiguo *"Símbolo de la fe"* hasta el concilio Vaticano II la Iglesia ha proclamado siempre el dogma de la divina omnipotencia: *Creo en Dios Padre Omnipotente, Creador de cielo y de la tierra.*

La Sagrada Escritura

La omnipotencia de Dios es una de las verdades más claras e insistentemente inculcada en las sagradas páginas. He aquí algunos textos:

"Y dijo Yavé a Abraham: ¿Por qué se ha reído Sara, diciéndose: De veras voy a dar a luz siendo tan vieja? ¿Hay algo imposible para Yavé? (Gen. 18,13-14).

"Yavé hace cuanto quiere en los cielos, en la tierra, en el mar y en todos los abismos" (Sal. 134,6).

"Tú has hecho los cielos y la tierra con el gran poder de tu brazo; nada es imposible para tí" (Jer. 32,17).

"Yo soy Yavé, Dios de todos los vivientes. ¿Hay algo imposible para mí?" (Jer. 32,27).

"Respondió Job, diciendo: Sé que lo puedes todo y que no hay nada que te cohiba" (Job. 42,2).

"Yo soy el Señor, hacedor de todas las cosas, que por mí solo extiendo los cielos.. sin ayuda de nadie" (Is. 44,24).

"Yo soy el Señor Dios de todos los mortales: ¿habrá por ventura cosa ninguna difícil para mí?" (Jer. 32,27).

"Yo sé que todo lo puedes, y que no se te oculta ningún pensamiento" (Job. 42,2).

"Por la palabra del Señor se fundaron los cielos, y por el espíritu de su boca se formó todo su concierto y belleza. El habló y todo quedó hecho; lo mandó, y todo fue creado" (Sal. 32,6 y 148,5).

"Para los hombres esto es imposible, mas para Dios todo es posible" (Mt. 19,29).

"Porque nada hay imposibe para Dios" (Lc. 1,37).

Dios con sólo su palabra hizo todas las cosas

"Y dijo Dios: Hágase la luz, y la luz fué hecha" (Gen. 1,3).

"Por la palabra de Yavé fueron hechos los cielos, y todo su ejército por el aliento de su boca" (Sal. 32,6).

"Alaben el nombre de Yavé (todos los seres

creados), porque lo dijo El y fueron hechos" (Sal. 148,5).

"Dios de los padres y Señor de la misericordia, que con tu palabra hiciste todas las cosas" (Sab. 9,1).

"Por la palabra del Señor existe todo, y todo cumple su voluntad según su ordenación" (Eccli. 42,15).

"Así la palabra que sale de mi boca no vuelve a mí vacía, sino que hace lo que Yo quiero, y cumple su misión" (Is. 55,11).

"El con su poder ha hecho la tierra, con su sabiduría cimentó el orbe, y con su inteligencia tendió los cielos. A su voz se congregan las aguas en el cielo" (Jer. 10, 12-13).

Dios es sabio y poderoso

"En El están la sabiduría y el poder; suyo es el consejo, suya a prudencia" (Job. 12,13).

"Hizo sabiamente los cielos" (Sal. 135,5).

"Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y ciencias de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios y cuán inescrutables sus caminos" (Rm. 11,33).

"Por la sabiduría fundó el Señor la tierra, y por la sabiduría y la prudencia estableció los cielos" (Prv. 3,19).

"El Señor es el que con su poder hizo la tierra; con su sabiduría ordenó el mundo y extendió los cielos con su inteligencia" (Jr. 10,12).

"La sabiduría de Dios, la cual precede a todas las cosas, ¿quién es el que la ha comprendido? La sabiduría fue criada o engendrada ante todas las cosas, y la luz de la inteligencia existe desde la eternidad" (Eccl. 1,3s).

"Grande es el Señor Dios nuestro, y grande su poderío, y sin límites su sabiduría" (Sal. 146,5).

"¡Cuán numerosas son, Señor, tus obras! Y todas las has hecho con gran sabiduría. La tierra está llena de tus hechuras" (Sal. 103,24).

"Glorificad al Señor cuanto más pudiereis, que todavía quedará El superior; siendo como es prodigiosa su magnificencia"

"Bendecir al Señor, ensalzadle cuanto podáis; porque es superior a toda alabanza".

"Para ensalzarle emplead todas vuestras fuerzas, y no os canséis, porque jamás llegaréis al cabo" (Eclo. 43, 32-34).

Misericordia de Dios

"Tú eres el Dios que perdona, clemente y misericordioso, tardo a la ira y de mucha bondad" (Neh. 9,17).

"Aun cuando se muevan los montes y vacilen los collados, mi misericordia no se alejará de tí, y no vacilará mi alianza de paz, dice Yahvé que te ama" (Is. 54,10).

"¿Quién es Dios como tú, que perdonas la iniquidad y olvidas el pecado del resto de tu herencia? No persiste por siempre en su enojo, porque ama la misericordia. El volverá a tener piedad de nosotros, aplastará nuestras iniquidades y arrojará al hondo del mar nuestros pecados" (Miq. 7,18).

"Convertíos a Yahvé vuestro Dios, que es clemente y misericordioso, tardo a la ira, grande en misericordia y se arrepiente de castigar" (J1.2,13).

"Sabía que tú eres Dios clemente y piadoso, tardo a la ira, de gran misericordia, y que se arrepiente el mal" (Jon, 4,2).

"Pues tú, Señor, eres indulgente y piadoso, y de gran misericordia para los que te invocan" (Sal. 85,5).

"Misericordioso y benigno es Yahvé, tardo en airarse y lleno de clemencia. No está siempre acusando y no se aira para siempre. No nos castiga a la medida de nuestros pecados, y no nos paga conforme a nuestras iniquidades. Pues cuanto se alza el cielo sobre la tierra, tanto pre-

valece su misericordia para los que le temen". (Sal. 103, 8-12).

"Porque piadoso y compasivo es el Señor, perdona los pecados y salva en el tiempo de la tribulación" (Eclo. 2,13).

"Pues cuanta es su grandeza, tanta es su misericordia" (Eclo. 2,23).

"Pero tú tienes misericordia de todos, por lo mismo que todo lo puedes, y disimulas los pecados de los hombres, a fin de que hagan penitencia; porque tú amas todo cuanto tiene ser, y nada aborreces de todo lo que has hecho; porque si alguna cosa aborrecieras, nunca la hubieras hecho. Pues ¿cómo podría durar alguna cosa si tú no quisieres? ¿Ni cómo conservarse nada sin orden tuya? Pero tú eres indulgente para todas las cosas, porque tuyas son, oh Señor, amador de las almas" (Sab. 11, 24-27).

"Y por eso corriges poco a poco a los que caen, y a los que pecan los amonestas, despertando la memoria de su pecado, para que, apartándose de la maldad, crean, Señor, en tí" (Sab. 12,2).

"Yahvé es benigno y misericordioso, magnánimo y grande en clemencia. Yahvé es bueno con todos y su misericordia se derrama sobre todas sus criaturas" (Sal. 145, 8-9).

"Por mi vida, dice Yahvé, el Señor, que no

quiero la muerte del impío, sino que se convierta de su camino y viva. Convertíos, convertíos de vuestros perversos caminos, ¿Por qué queréis morir?" (Ez. 33,11).

"Tú hijo de hombre, di a los hijos de tu pueblo: "La justicia del justo no le salvará en el día de su transgresión; y la iniquidad no dañará al impío cuando se convierta, como tampoco el justo podrá vivir por su justicia cuando pecare".

Si Yo digo al justo: "Ciertamente vivirás", y si él, confiando en su justicia, comete maldad, ninguna de sus obras justas será recordada, sino que por la maldad que cometió, morirá. Asi mismo, si Yo digo al impío: "Ciertamente morirás"; y si este impío, convirtiéndose, de su pecado, practicare la equidad y la justicia, devolviere la prenda, restituyere lo robado, y siguiere los mandamientos de vida, sin cometer maldad, de seguro vivirá; no morirá. Ninguno de sus pecados que haya cometido será recordado contra él; ha obrado con equidad y justicia; de cierto vivirá...

Si el justo se aparta de su justicia y comete maldades, morirá por ellas, y si el impío se aparte del mal y practica la equidad y la justicia, por eso vivirá" (Ez. 33,12-19).

"Aunque vuestros pecados os hayan teñido

como la grana, quedarán vuestras almas blancas como la nieve; y aunque fuesen teñidas de encarnado como el bermellón, se volverán del color de la lana más blanca" (Is. 1,18).

"Señor Dios misericordioso y clemente, sufrído y piadosísimo, y verídico, que conservas la misericordia para millares, que borras la iniquidad y los delitos, y los pecados" (Ex. 34, 6-7).

"Tanto amó Dios al mundo, que le dió a su Hijo unigénito, para que todo aquel que crea en El no se pierda, sino que tenga la vida eterna; pues Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por El" (Jn. 3, 16-17).

"Es cierto y digno de ser por todos recibido, que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores" (1 Tim. 1,15).

"Esto es bueno y grato ante Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad" (1 Tim. 2, 3-4).

"Su misericordia se derrama de generación en generación sobre los que le temen" (Lc. 1,50).

"No tienen necesidad de misericordia los sanos, sino los enfermos, y no he venido Yo a

llamar a los justos, sino a los pecadores" (Lc. 5,31-32).

"Pero Dios, que es rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, estando muertos por nuestros delitos, nos dio vida por Cristo" (Ef. 2,4).

"Hijitos míos, no pequéis; pero si alguno hubiera pecado, un abogado tenemos ante el Padre, a Jesucristo el Justo. Y El es víctima de propiciación por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo" (1 Jn. 2, 1-2).

"Todos los profetas dan testimonio de que cuantos creen en El, en virtud de su nombre reciben la remisión de los pecados" (Hech. 10,43).

Infinita felicidad de Dios

La felicidad de Dios es una consecuencia necesaria del hecho de ser Dios infinitamente *inteligente* e infinitamente *perfecto.*

Dios se conoce perfectísimamente a Sí mismo como el piélago insondable del Ser y el cúmulo infinito de todas las perfecciones posibles. Y esta contemplación de su propia divina esencia le produce un gozo y una felicidad infinita, que las criaturas jamás alcanzaremos a

imaginar.

Por ser Dios infinitamente perfecto, ningún bien puede desear que no lo tenga ya en sí mismo en grado rebosante e infinito. Esta plenitud de perfecciones aquieta y sosiega por completo su voluntad divina en el goce fruitivo de una felicidad infinita, a la que nada absolutamente podrían añadir el conjunto de todos los bienes creados reales o imaginables...

La felicidad o bienaventuranza de Dios excede infinitamente a la felicidad o bienaventuranza de todas las criaturas.

La razón sencillísima, es porque la felicidad de Dios es rigurosamente infinita, cosa del todo imposible a las criaturas. Santo Tomás expone otros argumentos muy bellos, de los que recogemos lo siguiente:

"Lo que es por esencia es mejor que lo que es por participación, como la naturaleza del fuego se encuentra de modo más perfecto en el fuego mismo que en las cosas ígneas. Pero Dios es bienaventurado por su esencia, cosa que no puede competer a otro alguno, pues nadie más que El puede ser *sumo bien,* como ya vimos; de donde se sigue que cualquier otro bienaventurado lo es por participación de la bienaventuranza divina. Por consiguiente, la bienaventuranza

divina es muy superior a cualquier otra bienaventuranza... La bienaventuranza divina excede infinitamente a la humana, como la duración de la eternidad excede al ahora pasajero del tiempo" (Contra gent. I, 1 c.1).

Un ilustre autor resume en plan contemplativo la doctrina teológica y dogmática de la infinita bienaventuranza de Dios de esta manera:

"1. Tu, Dios mío, eres infinitamente feliz, porque eres omnipotente y rico sobre todo cuanto se puede decir. Tu posees toda suerte de bienes, y la bienaventuranza perfecta es precisamente la que proviene de la posesión de todos los bienes.

Mas porque eres perfectísimo y se reunen en ti todas las perfecciones imaginables y estás adornado con todas las virtudes contemplativas y activas que conciernen a tu infinita elevación y grandeza, y eres, en fin, el Sumo Bien, debes poseer la bienaventuranza en el más alto grado imaginable.

Ser feliz quiere decir, también, no estar falto o privado de cosa alguna. Pero a tí, Dios mío, nada te falta de todo cuanto puede existir o simplemente imaginarse. Te bastas a tí mismo y tienes todo cuanto puedes desear. No puedes ser mejor, más grande, más bello, más perfecto de

lo que eres, y aunque quisieras crear todavía innumerables mundos, no podrían proporcionarte el más mínimo acrecentamiento de felicidad; porque al que nada le falta, nada se le puede añadir. Tu plena y más sublime bienaventuranza consiste en mirarte a tí mismo y gozar de la inconmensurable belleza de tu imagen, en la que todo lo ves, todo lo conoces y en la que gozas de todos los bienes. Esta bienaventuranza es tan grande que con ella sola queda enteramente llena y repleta tu insondable divinidad.

Tu, Señor, eres plenamente feliz en tí mismo y eres también la general felicidad de todo el mundo. Tu eres el origen, la fuente, el objeto de la felicidad de todos los bienaventurados. Tu llenas con la gloria del a millones de ángeles y almas elegidas. En tu gloria y bienaventuranza, todos son felices con sólo mirarte. ¡Qué grande, pues, debe ser tu propia felicidad!.

2. ¡Oh Dios felicísimo!, yo me alegro desde lo más profundo de mi corazón de tu incomprensible felicidad. Déjame que te rinda honor con la sublimidad de tu propia esencia beatífica. Toma la gloria y el sumo amor con que eternamente te miras a tí mismo y que te hace feliz, como si yo, pobre criatura, hubiese por un ins-

tante alabado y ensalzado tu bondad con la fuerza y la grandeza de esta tu propia felicidad. ¡Oh benignísimo Dios!, concédeme poder participar de tu eterna felicidad para que yo también pueda ser -en ti y por tí- eternamente feliz.

3. Tu felicidad, Dios mio, consiste en la nobilísima operación de tu entendimiento y de tu voluntad, en el entendimiento y el amor de ti mismo, o bien de tu ser infinito. Eres feliz porque te reconoces a tí mismo como ser perfectísimo y te amas con un amor de suma complacencia, por el cual te agradas a ti mismo de manera infinita.

No basta para la felicidad el poseer grandes y maravillosos perfecciones, sino que es preciso reconocerlas y amarlas... Dios mío, si no te conocieras y amaras a ti mismo: no podrías experimentar ningún gozo ni felicidad alguna con relación a tus infinitas perfecciones. Y esta es la razón por la cual, Dios mío, has dotado de entendimiento y libre voluntad a las criaturas que has hecho partícipes de tu bienaventuranza -los ángeles y hombres- y les has hecho capaces de entender y de amar, a fin de que fuesen aptos para gozar de tal beatitud.

Tu eres, pues, feliz, porque te contemplas incesantemente a ti mismo y te amas con un

amor infinito, porque te encuentras lleno de infinita majestad, belleza y santidad. Torrentes insondables de gozo atraviesan y penetran tu excelsa divinidad y van a terminar en una beatitud contemplativa que en grandeza e infinidad se une a la de tu misma esencia y que es, al mismo tiempo, el objeto y la inexplicable delicia de tu propia bienaventuranza.

Así, pues, no consiste tu felicidad en la posesión y gobierno del mundo, que te pertenece plenamente; ni tampoco en el hecho de que todas las criaturas dependan de tu querer y están sometidas a tu omnipotencia; sino únicamente en la contemplación y en el amor de tu propia esencia divina, que todo lo reune en sí, esencia que te hace feliz y te procura un paraíso de infinita alegría.

4. Ahora reconozco, Dios mío, cual sea el objeto de la verdadera felicidad. No los bienes terrenos, ni las prerrogativas del cuerpo o del espíritu, ni la posesión del mundo entero. Ninguna de estas cosas podía hacerme feliz. No llegaré jamás a la felicidad hasta que la busque únicamente en ti, te ame sobre las cosas y con este amor contemple un día tu inefable divinidad.

La eterna felicidad será plena y rebosante

para nosotros los hombres. Porque si la contemplación y el amor de ti mismo llena de inmensa y completa felicidad las infinitas profundidades de tu entendimiento y de tu voluntad, ¡cuánto más la contemplación de tu suprema belleza será apta para llenar en forma rebosante nuestras débiles y limitadas facultades!.

Dame, Dios mío, la gracia de contemplar ya desde esta tierra, con la luz de la fe, tu maravillosa y excelsa divinidad y de tenerla siempre ante mis ojos para abrazarla con todas las fuerzas de mi más intenso amor, a fin de que encuentre ya en este destierro la verdadera felicidad y no me suceda nunca la desgracia de volverme hacia las cosas terrenas y sus falsos goces". (Schnepp, *Solo con Dios,* (Turín 1936) vol I n. 27).

¿QUE QUIERE DIOS DE LOS HOMBRES?

Todos podemos salvarnos

Si entendemos por salvarse no morir en pecado mortal, está claro que todos los hombres pueden salvarse, porque el pecado mortal es una acción libre y voluntaria, que solamente comete el que a sabiendas de lo que hace quiere cometerla.

Los que no conocen a Dios, o solamente lo

conocen en parte, pueden cometer pecados veniales, pero nunca podrán pecar mortalmente, porque el pecado mortal es "una desobediencia a Dios en materia grave, realizada con plena advertencia de lo que se hace, y libremente con pleno consentimiento".

El que no conoce a Dios, o no sabe lo que quiere, no puede desobedecerlo, y por tanto no puede pecar mortalmente. Pero, no obstante, si hace cosas en contra de su conciencia; es decir, si se comporta mal con su prójimo, comete pecado, pero no será pecado mortal si al cometerlo no sabe que está haciendo algo que ofende gravemente a Dios.

De todas formas, si hace algo que su conciencia le recrimina gravemente, puede evitarlo, y si puede evitaro, puede no pecar; luego el que peca, peca porque quiere, y si se condena, se condena porque quiere, luego todos pueden salvarse.

Dios que es infinitamente bueno e infinitamente justo no puede condenar a nadie por haber hecho lo que no ha podido evitar, luego es completamente seguro y cierto que con la ayuda de Dios, que nunca falta al que se la pide, es posible evitar todos los pecados mortales, y por tanto, todos los hombres se pueden salvar.

Pero ¿qué me dice de los que mueren con el pecado original?

Sabemos muy poco sobre la salvación de los niños que mueren antes de nacer, o después de nacidos antes de llegar al uso de la razón y mueren sin el bautismo. Muchos tienen la suerte de ser bautizados y mueren en gracia de Dios. Pero ¿qué pasa con los que mueren sin recibir el bautismo? Algunos opinan que así como San Juan Bautista recibió la gracia de Dios antes de nacer, es posible que por los méritos de Jesucristo y por las oraciones de la Iglesia todos los niños reciban la gracia antes de morir, pero esto no es seguro ni está claro. Lo que sí es seguro y si parece estar muy claro es que esos niños no irán a ningún infierno, sino a un especie de paraíso natural, donde serán eternamente felices, con una felicidad natural muy superior a los mayores goces de este mundo.

¿Qué dice la Iglesia?

Concilio Carisíaco (a 855): "Dios omnipotente quiere que todos los hombres sin excepción sean salvos (1 Tim 2,4), aunque no todos se salven. Ahora bien, que algunos se salven, es don del que salva; pero que algunos se pierdan, es merecimiento de los que se pierden". (DENZ 318).

Concilio III de Valence (a. 855): "Y no creemos que sea condenado nadie por juicio previo, sino por merecimiento de su propia iniquida. Ni que los mismos malos se perdieron porque no pudieron ser buenos, sino porque no quisieron ser buenos y por su culpa permanecieron en la masa de la condenación" (DENZ. 321).

Concilio Tridentino (a. 1547): "Si alguno dijere que la gracia de la justificación no afecta sino a los predestinados a la vida, y que todos los demás llamados son ciertamente llamados, pero no reciben la gracia por cuanto que están predestinados al mal por el divino poder, sea anatema" (DENZ. 1097).

Concilio Vaticano II: "Quienes ignorando sin culpa el Evangelio de Cristo y su Iglesia, buscan, no obstante, a Dios con un corazón sincero y se esfuerzan, bajo el influjo de la gracia, en cumplir con obras su voluntad, conocida mediante el juicio de la conciencia, pueden conseguir la salvación eterna. Y la divina Providencia tampoco niega los auxilios necesarios para la salvación a quienes sin culpa no han llegado todavía a un conocimiento expreso de Dios y se esfuerzan en llevar una vida recta, no sin la gracia de Dios" (Lumen gentium, c.2 n.16).

El plan de Dios sobre el hombre

Dios es infinitamnte sabio y poderoso, lo sabe todo y lo puede todo, por lo cual es totalmente feliz desde toda la eternidad. Y como además es la Suma Bondad, decidió crear otros seres semejante a Él para compartir con ellos su gran felicidad.

En primer lugar creó a los ángeles, espíritus purísimos y sumamente inteligentes, y creó hasta nueve razas diferentes, en número incalculable. Pero antes de llevarlos al cielo, los sometió a una prueba de obediencia, en la cual una tercera parte fallaron y por su pecado Dios se vió obligado a castigarlos con el infierno, mientras que los que fueron buenos pasaron a la gloria donde gozan de infinitas delicias por toda la eternidad.

Ultimamente creó Dios al hombre, dándole un cuerpo animal y un alma inmortal, y lo hizo a su imagen y semejanza, destinado a entrar para siempre en el cielo después de sufrir una corta prueba en el Paraíso. Pero Adán y Eva desobedecieron a Dios y pecaron, por lo cual los castigó expulsándolos del Paraíso y obligándolos a ganarse el alimento con duros trabajos. Ellos fueron nuestros primeros padres, el origen y principio de la raza humana, de la cual se

compadeció Dios en atención a los muchos santos que iban a nacer a lo largo de los siglos, y, sobre todo, en atención a la Santísima Virgen María, a la que Dios amó desde siempre.

Pero Dios, allí mismo en el Paraíso nos prometió un Redentor, que nacería de una Mujer, la Mujer por excelencia, cuyo Hijo vencería al vil dragón.

Y por eso la Iglesia canta: "¡Oh feliz culpa, que nos has ganado tan Redentor!" Porque si fué mucho lo que perdimos por el pecado de Adán, es infinitamente más lo que hemos ganado con la redención de Jesucristo.

¿Sabeis ya por qué estamos en este mundo?

Dios no nos creó para este mundo, sino para la felicidad eterna del cielo; pero quiso que antes pasáramos la prueba de este mundo, para que con nuestra obediencia en cumplir los Mandamientos, le demostráramos cuánto le amamos, y en la medida de lo que aquí estemos dispuestos a hacer y a sufrir por El, será la gloria eterna que para siempre nos dará en el cielo.

Hay que entender que nosotros no hemos venido a este mundo para ser ya aquí felices, sino para ganar méritos para la vida eterna, que es donde Dios da la felicidad a los que se la han ganado en este mundo. Y ¿cómo se gana la feli-

cidad? Luchando y padeciendo por el amor de Dios.

Dios nos dió una ley, que son los diez mandamientos que tenemos que cumplir, y para cumplirlos tenemos que luchar mucho contra nosotros mismos, para vencer la pereza y los deseos carnales. Sin la ayuda de Dios, muchas veces no podríamos vencer; por eso nos es necesario acudir mucho a la oración y a las prácticas de piedad. Todo esto nos costará mucho trabajo, y Dios lo va anotando en nuestra cuenta, para pagarnos luego con incalculable gloria por toda la eternidad.

Hay algunos que no entienden esto, porque piensan que todos los que van al cielo son allí igual de felices, y los que van para el infierno son allí igual de desgraciados. Pero la realidad no es así. Si uno se condena con cien pecados, será doblemente desgraciado que el que se condena con cincuenta. Y lo mismo los que van a cielo; los que entren allí con mayores méritos, serán mucho más felices que los que entren con menos, y por eso Dios que nos ama tanto, nos manda muchos trabajos y contradicciones, para que con ellos ganemos mucha mayor gloria y seamos mucho más felices por toda la eternidad.

Santa Teresa de Jesús dice: "Cuando comprendí la enorme diferencia que hay de lo que gozan unos en el cielo, a lo que gozan otros, cuan grande es: si me dijeran qué quiero mejor, ir ahora para el cielo con menos gloria, o estarme aquí sufriendo los mayores tormentos hasta el fin del mundo, para tener luego unos grados de gloria más, con gusto padeciera aquí todos los males del mundo, hasta el fin de él, por un poco de gloria más".

Por eso Dios, que sabe mucho mejor que Santa Teresa, lo que ganamos sufriendo, nos manda enfermedades y contradicciones, para que ganemos bienes que son infinitos porque son eternos.

Si comprendiéramos estas verdades, como los santos las comprendían, dejaríamos de llamar *males* a tantos trabajos de este mundo que son los que nos labran tanta gloria y felicidad como nos dice la fe que es la que Dios nos tiene preparada: *"Lo que el ojo no vió ni el oído oyó ni al corazón del hombre ha podido llegar, eso es lo que Dios ha preparado para aquellos que lo aman"* (Is. 64,4; 1 Cor. 2,9).

Dios, por medio de la Sagrada Escritura, nos advierte que tendremos que sufrir mucho en esta vida para ganarnos la gloria del cielo, y que

cuanto más sea lo que aquí suframos por Dios, mayor será para siempre nuestra eterna felicidad.

Veamos algunos textos:

Hay que sufrir en este mundo para ser feliz en el otro.

"No vayas en pos de tus concupiscencias y apártate de tu propia voluntad. Si satisfaces los antojos de tu alma, ella hará que seas gozo de tus enemigos" (Eclo. 18, 30-31).

"El camino de los pecadores está bien enlosado y liso, pero va a parar en el infierno, en las tinieblas y en los tormentos" (Eclo. 21,11).

"Muchas son las tribulaciones de los justos; pero de todas los libra el Señor" (Sal. 33,18s).

"Aquellos que sembraron con lágrimas, segarán llenos de júbilo". (Sal. 125,5).

"Hijo mío, si te das al servicio de Dios, prepara tu alma para la tentación... Pues como en el fuego se prueba el oro y la plata, así los hombres gratos a Dios se prueban en el crisol de la tribulación" (Eclo. 2,1 y 5).

"Te prueba el Señor tu Dios para saber si le amas con todo tu corazón y con toda tu ama" (Dt. 13,3).

"No rehuses, hijo mío, la corrección del

Señor, ni sientas disgusto cuando El te castiga. Porque el Señor castiga a los que ama, y aflige al hijo que más quiere" (Prov. 3,11-12).

"Yo, a los que amo, los reprendo y castigo" (Ap. 3,19).

"Verdaderamente que a los unos los probaste como Padre que amonesta; mas a los otros los pusiste en juicio, como Rey inexorable, para condenarlos" (Sab. 11,11).

(Los Apóstoles instruían a sus discípulos) "haciéndoles entender que es preciso pasar por muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios" (Hech. 14,22).

"Carísimos, no os sorprendáis cuando sois examinados por el fuego (de la tribulación), como si os hubiera sucedido algo extraño, pues es para vuestra prueba. Antes bien: alegraos en la medida en la que participais de los sufrimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria salteis de gozo. Dichosos sereis si sois ultrajados por el nombre de Cristo, porque el Espíritu de la gloria, que es el Espíritu de Dios, reposa sobre vosotros" (1 Pd.4, 12-14).

"Por lo mismo que eras acepto a Dios, fue necesario que el Señor te probase" (Tob. 12,13).

"Por Cristo se nos ha concedido la gracia,

no sólo de creer en El, sino también de padecer por su amor" (Fil. 1,29).

"El Señor nos castiga a fin de que no seamos condenados con este mundo" (1 Cor. 11,32).

"Sufrid, pues, la corrección. Dios se porta con vosotros como con hijos. Porque, ¿cuál es el hijo a quien su padre no corrige?... Por otra parte, si tuvimos a nuestros padres carnales que nos corrigieron y los respetábamos, ¿no es mucho más justo que obedezcamos al Padre de los espíritus para alcanzar la vida eterna? Y a la verdad, aquellos por pocos días nos castigaban a su arbitrio, pero éste nos amaestra en aquello que sirve para hacernos santos" (Heb.12,7-10).

(Suframos con alegría) "poniendo los ojos en Jesús, autor y consumador de la fe, el cual, en vista del gozo que le estaba preparado (en la gloria), sufrió la cruz, sin hacer caso de la ignominia" (Heb. 12,2).

"Siendo hijos, somos también herederos: herederos de Dios y coherederos con Cristo, con tal, no obstante, que padezcamos con El, a fin de que seamos con El glorificados" (Rm. 8,17).

Decía Jesús: "Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz y sígame" (Mt. 16,24; Mc. 8,34).

"Así mismo, decía a todos: Si alguno quiere venieren pos de Mí, niéguese así mismo, cargue con su cruz y sígame" (Mt. 16,24; Mc. 8,34).

"Así mismo, decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a si mismo, lleve su cruz cada día y sígame" (Lc. 9,23).

"El que no carga con su cruz y no me sigue, tampoco puede ser mi discípulo" (Lc. 14,27).

"Quien no carga con su cruz y me sigue, no es digno de Mí" (Mt. 10,38).

"Pues quien quiere salvar su vida, la perderá; mas quien perdiere su vida por amor de Mí y del Evangelio, la pondrá a salvo" (Mc. 8,35).

"En cuanto a mí, líbreme Dios de gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, en la que el mundo está crucificado para mí y yo lo estoy para el mundo" (Gal. 6,14).

"Castigo mi cuerpo y lo esclavizo, no siendo que habiendo predicado a los otros, venga yo a ser reprobado" (1 Cor. 9,27).

"Digo, pues, andad en Espíritu y no satifagais los deseos de la carne" (Gal. 5,16).

"Siempre llevamos por doquiera en nuestro cuerpo los sufrimientos de Jesús muriente, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Porque nosotros, los que (real-

mente) vivimos, somos siempre entregados a la muerte por causa de Jesús, para que de igual modo la vida de Jesús sea manifestada en nuestra carne mortal". (2 Cor. 10,11).

Esta vida es una lucha constante contra los enemigos del alma: el demonio, el mundo y las pasiones de la carne.

"No creais que he venido a traer la paz sobre la tierra. No he venido a traer paz, sino espada. He venido en efecto a separar al hombre de su padre, a la hija de su madre, a la nuera de su suegra; y serán enemigos del hombre los de su propia casa" (Mt. 10,34-35).

"¿Pensais que he venido aquí para poner paz en la tierra? Os digo que no, sino división. Porque desde ahora, cinco en una casa estarán divididos: tres contra dos, y dos contra tres, el padre contra el hijo y el hijo contra el padre; la madre contra la hija, y la hija contra la madre; la suegra contra su nuera, y la nuera contra su suegra" (Lc. 12, 51-52).

"Yo me complazco en la Ley de Dios según el hombre interior, pero veo otra ley en mis miembros que está en guerra contra la ley de mi razón y me esclaviza induciénome a la ley del

pecado que está en mis miembros" (Rm. 7,22-23).

"Milicia es la vida del hombre sobre la tierra; como los del jornalero son sus días" (Job. 7,1).

"El hombre nacido de mujer, vive corto tiempo y se harta de miserias" (Job. 14,1).

"¿No sabes tú que desde siempre, desde que hay hombre sobre la tierra, el gozo de los malos es breve, y la alegría del impío un instante?" (Job. 20, 4-5).

"Soporta el trabajo y la fatiga como buen soldado de Jesucristo" (2 Tim. 2,3).

"Pelea valerosamente por la fe, arrebata la vida eterna para la cual fuiste llamado" (1 Tim. 6,12).

"Desde los días de Juan hasta ahora el reino de los cielos padece fuerza, y los que usan la fuerza se apoderan de él" (Mt. 11,12).

"Revestíos de la armadura de Dios para que podais resistir las tentaciones del diablo, porque vuestra lucha no es contra la carne y la sangre sino contra los principados y potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malos que andan por los aires" (Efe. 6, 11-12).

"Porque aun no habeis resistido luchando

hasta derramar sangre contra el pecado" (Heb. 12,4).

"Comportaos ante todo de una manera digna del Evangelio de Cristo, a fin de que, ya yendo yo y viéndoos, ya estando ausente, oiga de vosotros que os manteneis en un mismo espíritu, luchando unánimes por la fe del Evangelio" (Fil. 1,27).

"Nosotros anunciamos amonestando e instruyendo a todos los hombres en toda sabiduría, para presentarlos perfectos en Jesucristo, con miras a lo cual me fatigo luchando mediante su acción que obra poderosamente en mí" (Col. 1,28-29).

"Pues, por esto sufrimos y luchamos, porque esperamos en el Dios vivo, que es el Salvador de todos los hombres, sobre todo de los fieles" (1 Tim. 4,10).

"Os pido, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu Santo, que lucheis conmigo orando por mí a Dios..." (Rm. 15,30).

"Carísimos: he puesto toda diligencia en escribiros acerca de nuestra común salvación, al sentir la necesidad de hacerlo para exhortaros a que lucheis por la fe, que una vez para siempre ha sido transmitida a los santos" (Jud. 1,3).

"Porque os ha sido otorgado por la gracia de Cristo, no sólo el creer en Él, sino también el padecer por la causa de El, teniendo la misma lucha que visteis en mí y ahora oís que sufro" (Fil. 1, 29-30).

"Hijo mío, Timoteo, encarecidamente te doy esta consigna, en relación con las profecías hechas antes sobre tí: que sostengas el noble-combate, manteniendo la fe y buena conciencia" (1 Tim. 1,18).

"He combatido el buen combate, he terminado la carrera, he conservado la fe; por lo demás, me está reservada la corona de justicia, que me dará en aquel día el Señor, el justo Juez, y no sólo a mí, sino a todos los que hayan amado sus manifestación o venida". (2 Tim. 4,7-8).

"Andad en espíritu y no satisfagais los deseos de la carne. Porque la carne lucha contra el espíritu y el espíritu contra la carne, pues estas cosas está una frente a la otra..." (Gal. 5,17).

"No te dejes vencer por el mal; al contrario, vence al mal con el bien" (Rm. 12,21).

"Al vencedor le daré a comer del árbol de la vida..."

"El vencedor no será alcanzado por la segunda muerte".

"Al vencedor le daré del maná oculto.."

"Al que venciere y guardare hasta el fin mis obras, le daré poder sobre las naciones..." (Ap. 2,7,11,17,26).

"El vencedor será vestido con vestidura blanca, y no borraré su nombre del libro de la vida..." (Ap. 3,5).

"Al vencedor le haré sentarse conmigo en mi trono, así como Yo vencí y me senté con mi Padre en su trono" (Ap. 3,21).

"El vencedor heredará estas cosas, y Yo seré su Dios y él será hijo mío" (Ap. 21,7).

Dios no nos hará felices en este mundo.

La Santísima Virgen dijo a Santa Bernardita: "Yo te haré feliz, pero no en este mundo".

Así mismo Jesucristo en el Evangelio nos prometió la felicidad, pero no en este mundo, sino en el otro; pues lo que aquí nos espera no es una vida feliz, como tampoco fue la de Cristo, sino muchos trabajos y persecuciones con los que nos ganaremos la felicidad eterna del cielo.

Todo esto lo dejó bien claro en el sermón de la montaña, cuando dijo:

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Bienaventuados los que padecen persecución por ser justos, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados seréis cuando por mi causa os maldijeren, os persiguieren y dijeren toda suerte de calumnias contra vosotros. Alegaos y regocijaos entonces, porque será grande vuestra recompensa en los cielos (Mt. 5, 3-12).

Y ¿por qué llama Jesucristo *"bienaventurados"* a los que sufren?.

Sencillamente, porque por medio de los sufrimientos padecidos en este mundo por amor de Dios, adquirimos los méritos que necesitamos para que luego en el cielo nos pueda hacer felices para siempre.

Dios premia en la otra vida todo lo que aquí sufamos por Él, con una gloria incomparable-

mente superior a cuanto podamos imaginar.

Las tribulaciones tan breves y tan ligeras de la vida presente, nos producen el eterno galardón de una sublime e incomparable gloria (2 Cor. 5,17).

En verdad, estoy persuadido de que los sufrimientos de la vida presente, no son de comparar con aquella gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros (Rm. 8,18).

Según está escrito: Lo que ni el ojo vió, ni oído oyó, ni pasó a hombre por pensamiento, lo tiene Dios preparado para aquellos que le aman (1 Cor. 2,9).

La felicidad del cielo no es simplemente una justa recompensa a lo que aquí hayamos hecho por Dios; sino que lo que aquí hayamos hecho, se revaloriza por los méritos de Cristo y adquieren un valor de más del ciento por uno, y más del mil por uno, de forma, que la más simple acción hecha por amor de Dios tiene un mérito tan elevado que en este mundo no es posible imaginar, de tal manera, que el que haya sufrido mucho por Dios gozará eternamente de una felicidad incomparable que superará miles de veces, mayor a todo lo que aquí hayamos podido soñar.

Y es por eso que, cuanto más ama Dios a un

alma, mayores trabajos le manda en este mundo, y este es también el motivo por el que los santos hacían tantas penitencias y deseaban tanto sufrir.

Hay algunos que se escandalizan de que Dios permita tantos sufrimientos en este mundo, y dicen: ¿cómo es posible que Dios, siendo tan bueno pueda permitir tantas desgracias? Y es que no entendemos el valor del sufrimiento, ni lo que ganamos sufriendo. En cambio, los santos, solamente deseaban sufrir por amor de Dios, y así Santa Teresa le pedía a Dios: "O padecer o morir". Y añadía: "Es tanta la diferencia de lo que gozan unos a lo que gozan otros en el cielo que yo aceptaría estar con todos los trabajos del mundo hasta el día del juicio con tal de conseguir un grado de gloria más" (Vida c.37,2).

Dios en este mundo hace sufrir más a los que ama más.

El que no entienda esto, es que no entiende la vida. Si no comprendes por qué Dios en este mundo hace sufrir más a los que ama más, es porque no sabes para qué hemos venido a este mundo.

Mira: Dios nos creó para el cielo, para que